



# **Su moral y la nuestra**

**LEÓN TROTSKY**



Texto original de León Trotsky, 1938

Editado por POSI (Partido Obrero Socialista  
Internacionalista), sección en España de la IV  
Internacional, 2015



# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

Efecto boomerang .....	6
------------------------	---

## SU MORAL Y LA NUESTRA

1. Emanaciones de moral .....	8
2. Amoralidad marxista y verdades eternas .....	9
3. “El fin justifica los medios” .....	11
4. Jesuitismo y utilitarismo .....	12
5. “Reglas morales universalmente válidas” .....	14
6. Crisis de la moral democrática.....	15
7. El “sentido común” .....	17
8. Los moralistas y la GPU.....	18
9. Disposición política de personajes .....	20
10. El stalinismo, producto de la vieja sociedad.....	22
11. Moral y revolución.....	24
12. La revolución y el sistema de rehenes.....	27
13. “Moral de cafres” .....	29
14. La “amoralidad” de Lenin .....	30
15. Un episodio edificante.....	33
16. Interdependencia dialéctica del fin y de los medios .....	35

# INTRODUCCIÓN

Buena parte de los discursos políticos que se producen hoy en día se basan en la defensa de la ética y la lucha contra la corrupción. La confrontación no es entre explotados y explotadores, sino entre la “casta corrupta” y la “gente honrada”. La panacea de todos los males es la gestión honrada y eficaz. Tanto Ciudadanos como Podemos plantean estos puntos en el centro de su actividad. Con diferencias entre ellos claro. El resto de organizaciones se han hecho eco de esta “moda”.

Puedes encontrar códigos éticos en las comisarías de policía (¡es verdad!), en grandes almacenes o en las multinacionales que despiden a miles de trabajadores para aumentar sus beneficios, ya fabulosos. Incluso se habla de “códigos éticos” en los desahucios.

En el centro del debate en los sindicatos ante los graves casos de corrupción que han aparecido y las noticias sobre derroche en los gastos, está el de los códigos éticos que hacen firmar ahora a los nuevos dirigentes o delegados.

Limitaciones de mandatos, listas abiertas, celebración de primarias. ¡estas son las recetas para acabar con la corrupción! Se vende como panacea “moral” la reducción de salarios de los cargos públicos (olvidando que los concejales en tiempos de Franco tenían salario cero).

Si esto fuese así Ciudadanos, la marca blanca del capital financiero para suplir al PP, tendría razón. Ha conseguido que sus códigos éticos sean apoyados por el PP en muchos sitios y el PSOE en algunos. Así lo que se da es manos libres para seguir haciendo recortes y políticas anti obreras , eso sí, éticamente.

Estas medidas en muchos casos son un fraude. No garantizan nada y no solucionan nada. Solo permiten a algunos obviar los graves problemas.

La falta de democracia en las organizaciones no puede solventarse ni con primarias, ni con votaciones plebiscitarias en internet que eliminan el debate, ni con listas abiertas que en muchos casos están totalmente determinadas por los grandes medios de comunicación.

No hay valores neutrales en cuanto a la honradez o la corrupción. No hay lucha contra la corrupción que se precie si no plantea la lucha contra el sistema capitalista que es un sistema corrupto basado en la explotación. Conseguir administradores honrados de este sistema corrupto, además de una

quimera, es convertirse en nobles colaboradores de los representantes de las multinacionales. Que alegría para los Botín y compañía tener a políticos que no roben ni le pidan comisiones y que se reduzcan los sueldos .

## **Efecto boomerang**

Además esta insistencia en medidas anticorrupción ha hecho que se produzca un efecto boomerang. Enseguida los periodistas a sueldo y los servicios del estado han empezado a funcionar. A Errejon, a Monedero, a Tania Sánchez- a mucha otra gente le sacan una u otra cosa con las que tratan de, comparando con los Gurtel, Bankia, etc., desarmar esta campaña.

El libro de Trotsky es una bocanada de aire fresco ante la pestilente atmósfera de debate que sufrimos cada día en los medios de comunicación, tertulias y diarios. El cinismo farisaico de los que se escandalizan ante pequeñas irregularidades y por mensajes de twitter enviados hace años es una muestra de cómo la burguesía y el estado van a utilizar este tema para llegar a la conclusión de que todos llevamos la corrupción en los genes, o de que todos los políticos son iguales y que estos que tanto hablan mira lo que hacen ahora...

Estos casos de corrupción han sido siempre generalizados en todos los países y en todas las épocas. La burguesía y los capitalistas tienen en sus instituciones políticas el colaborador necesario para su política de pillaje. En esta situación de capitalismo moribundo aun es peor. Porque el capitalismo pasa su peso de la producción a la especulación, la venta de armas, el tráfico de drogas etc.

En particular, en el Estado Español, la corrupción, la práctica de organizar negocios en cacerías o mediante el tráfico de influencias y la compra del voluntad de los políticos es herencia directa del franquismo, del que deriva el régimen actual, sin que hubiera habido limpieza alguna del aparato del estado ni investigación de las grandes fortunas hechas al amparo de la colusión entre empresarios y políticos franquistas. Por eso no basta con cambiar “corruptos” por “honrados”: para acabar con la corrupción hay que acabar con el régimen.

Buscar la honradez sin romper con este régimen, con el dogal de la UE y sus Tratados es una quimera.

Esperamos que este libro contribuya a facilitar el debate sobre esta situación y la comprensión de que es necesario acabar con la explotación para acabar con la corrupción.

# SU MORAL Y LA NUESTRA

## 1. EMANACIONES DE MORAL

En épocas de reacción triunfante, los señores demócratas, socialdemócratas, anarquistas y otros representantes de la izquierda desprenden emanaciones de moral en doble cantidad, del mismo modo que la gente cuando tiene miedo transpira el doble. Al repetir, a su manera, los Diez Mandamientos o el Sermón de la Montaña, esos moralistas se dirigen, no tanto a la reacción triunfante como a los revolucionarios perseguidos por ella, quienes, con sus “excesos” y con sus principios “amorales”, supuestamente “provocan” a la reacción y le proporcionan una justificación moral. Proponen, sin embargo, un modo sencillo y seguro de evitar la reacción: el esfuerzo interior, la regeneración moral. Distribuyen gratuitamente muestras de perfección ética a todas las redacciones interesadas.

Esta prédica falsa y ampulosa tiene como base social la pequeña burguesía intelectual. Como base política, la impotencia y la desesperación ante la ofensiva reaccionaria. La base psicológica estriba en el deseo de superar la propia inconsistencia poniendo una barba postiza de profeta.

El procedimiento favorito del filisteo moralizador consiste en identificar los modos de actuar de la reacción con los de la revolución. El éxito del procedimiento se consigue con ayuda de analogías formales. Presenta el zarismo y el bolchevismo como gemelos. También es posible descubrir que son gemelos el fascismo y el comunismo. Se puede hacer una lista de rasgos comunes al catolicismo, y aun el jesuitismo, y el bolchevismo. Utilizando un método enteramente semejante, Hitler y Mussolini son la prueba de que liberalismo, democracia y bolchevismo solo son distintas manifestaciones de un solo y mismo mal. Hoy la idea de que “en el fondo” el estalinismo y el trotskismo son lo mismo encuentra la más amplia aceptación. Reúne en su rededor a liberales, demócratas, piadosos católicos, idealistas, pragmáticos, anarquistas y fascistas. Solo por azar no pueden los estalinistas unirse a ese “frente popular”, y es que se hallan ocupados en exterminar a los trotskistas.

El rasgo fundamental de esos paralelismos e identificaciones es que ignoran completamente la base material de las diversas tendencias, es decir, su

naturaleza de clase, y por eso mismo su papel histórico objetivo. En lugar de eso, se valoran y clasifican las distintas tendencias por cualquier indicio exterior y secundario; las más de las veces por su actitud ante a tal o cual principio abstracto, que para el clasificador dado tiene un valor profesional muy particular. Así, el papa considera que los francmasones, los darwinistas, los marxistas y los anarquistas están hermanados por el sacrilegio de negar la Inmaculada Concepción. Para Hitler, liberalismo y marxismo son gemelos, puesto que ignoran “la sangre y el honor”. Para los demócratas, son el fascismo y el bolchevismo los gemelos, puesto que no se inclinan ante el sufragio universal. Etcétera.

Los rasgos comunes a las tendencias así emparejadas son innegables. La realidad, sin embargo, es que el desarrollo de la especie humana no se agota ni con el sufragio universal, ni con “la sangre y el honor”, ni con el dogma de la Inmaculada Concepción. El proceso histórico es, ante todo, lucha de clases y acontece que clases diferentes, en nombre de finalidades diferentes, usan medios análogos. En el fondo, no podría ser de otro modo. Los ejércitos beligerantes son siempre más o menos simétricos y si sus métodos de lucha no tuvieran nada en común, no podrían chocar.

El campesino o el tendero ignorante, si se encuentra entre dos fuegos, sin comprender ni el origen ni el sentido de la pugna entre proletariado y burguesía, odiará igual a los dos campos en lucha. Y ¿qué son todos esos moralistas demócratas? Los ideólogos de las capas medias, que han caído o temen caer entre dos fuegos. Los principales rasgos de los profetas de ese género son su alejamiento de los grandes movimientos históricos, el conservadurismo petrificado de su pensamiento, la satisfacción con la propia mediocridad y la cobardía política más primitiva. Los moralistas quieren, sobre todo, que la historia los deje en paz con sus libritos, sus revistillas, sus subscriptores, el sentido común y las normas morales. Pero la historia no los deja en paz. Les da empellones tan pronto desde la izquierda como desde la derecha. Indudablemente, revolución y reacción, zarismo y bolchevismo, comunismo y fascismo, estalinismo y trotskismo son todos gemelos. Si alguien lo duda, que palpe las protuberancias simétricas del lado izquierdo y derecho del cráneo de los moralistas...

## **2. AMORALIDAD MARXISTA Y VERDADES ETERNAS**

La acusación más común y más impresionante contra la “amoralidad” bolchevique se basa en la supuesta regla jesuítica del bolchevismo: “el fin

justifica los medios”. De ahí no es difícil extraer la conclusión siguiente: puesto que los trotskistas, como todos los bolcheviques (o marxistas) no reconocen los principios de la moral, entre trotskismo y estalinismo no existen diferencias “fundamentales”. Que es lo que se quería demostrar.

Un semanario norteamericano, vulgar y cínico, emprendió una pequeña encuesta sobre el bolchevismo que, como de costumbre, había de servir a la vez a la ética y a la publicidad. El inimitable Herbert G. Wells, cuya suficiencia homérica siempre fue mayor aún que su extraordinaria imaginación, se apresuró a solidarizarse con los esnobs reaccionarios de Common Sense. Todo eso es natural. Pero incluso los participantes en la encuesta que defendieron el bolchevismo, en la mayoría de los casos, expresaron tímidas reservas: los principios del marxismo, naturalmente, son malos; pero hay entre los bolcheviques hombres excelentes (Eastman). En verdad, algunos “amigos” son más peligrosos que los enemigos.

Si quisiésemos tomar en serio a nuestros señores censores, debiéramos preguntarles ante todo cuáles son sus principios morales. Seguro que no contestarían. Admitamos, en efecto, que ni la finalidad personal ni la finalidad social puedan justificar los medios. Será menester entonces buscar otros criterios fuera de la sociedad, tal como la historia la ha hecho, y fuera de las finalidades que suscita su desarrollo. ¿Dónde? Si no es en la tierra, habrá de ser en los cielos. Los sacerdotes descubrieron hace tiempo criterios infalibles de moral en la revelación divina. Los padrecitos laicos hablan de las verdades eternas de la moral, sin indicar su fuente primera. Tenemos derecho a concluir que si esas verdades son eternas, debieron existir antes de la aparición del pitecántropo sobre la tierra, y aun antes de la formación del sistema solar. Pero entonces, ¿de dónde vienen? Sin Dios, la teoría de la moral eterna no puede tenerse en pie.

Los moralistas de tipo anglosajón, en la medida en que no se contentan con un utilitarismo racionalista, con la ética del contable burgués, resultan discípulos conscientes o inconscientes del vizconde de Shaftesbury, quien –a principios del siglo XVIII– deducía los juicios morales de un “sentido moral” particular, innato al hombre. Situada por encima de las clases, la moral conduce inevitablemente a admitir una substancia particular, un “sentido moral” absoluto, que no es más que un cobarde pseudónimo filosófico de Dios. La moral independiente de los “fines”, es decir, de la sociedad, ya se la deduzca de la verdad eterna o de la “naturaleza humana”, solo es, en resumidas cuentas, una forma de “teología natural”. El cielo continúa siendo la única posición fortificada desde la que se puede combatir contra el materialismo dialéctico.

En Rusia apareció, a fines del siglo pasado, toda una escuela de “marxistas” (Struve, Berdiáiev, Bulgákov y otros) que quisieron completar la enseñanza de Marx añadiéndole un principio moral autónomo, colocado por encima de las clases. Esa gente partía, claro está, de Kant y de su imperativo categórico. ¿Y cómo acabaron? Struve es ahora un ex ministro del barón Wrangel y un buen hijo de la Iglesia. Bulgákov es sacerdote ortodoxo. Berdiáiev interpreta el Apocalipsis en diversas lenguas. Metamorfosis tan inesperadas, a primera vista, no se explica de ningún modo por el “alma eslava” –Struve, además, tiene alma germánica– sino por la magnitud de la lucha social en Rusia. La tendencia fundamental de esa metamorfosis es en realidad internacional.

El idealismo filosófico clásico, en la medida en que tendió, en su época, a secularizar la moral, es decir, a emanciparla de la sanción religiosa, fue un enorme paso adelante (Hegel). Pero una vez desprendida de los cielos, la moral tuvo necesidad de raíces terrestres. El descubrimiento de esas raíces fue una de las tareas del materialismo. Después de Shaftesbury, Darwin; después de Hegel, Marx. Invocar hoy las “verdades eternas” de la moral es tratar de hacer que la rueda dé vueltas al revés. El idealismo filosófico sólo es una etapa: de la religión al materialismo o al revés, del materialismo a la religión.

### **3. “EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS”**

La orden de los jesuitas, fundada en la primera mitad del siglo XVI para combatir al protestantismo, jamás enseñó—digámoslo de pasada— que cualquier medio, aunque fuese criminal desde el punto de vista de la moral católica, fuera admisible con tal de conducir al “fin”, es decir, al triunfo del catolicismo. Esta doctrina contradictoria y psicológicamente inconcebible fue malignamente atribuida a los jesuitas por sus adversarios protestantes, y a veces también católicos, quienes, por su parte, no tenían escrúpulos al seleccionar medios para alcanzar sus fines. Los teólogos jesuitas —preocupados como los de otras escuelas por el problema del libre albedrío—, enseñaban en realidad que el medio, en sí mismo, puede ser indiferente y que la justificación o la condena moral de un medio dado se desprende de su fin. Así, un disparo es por sí mismo indiferente; tirado contra un perro rabioso que amenaza a un niño, es una buena acción; tirado para matar o para hacer violencia, es un crimen. Los teólogos de la orden no intentaron decir otra cosa más que ese lugar común. En cuanto a su moral práctica, los jesuitas no fueron de ningún modo peores que otros religiosos o que los sacerdotes católicos; por el contrario, más bien fueron superiores; en todo caso, fueron más consecuentes, más audaces y más perspicaces que los otros. Los jesuitas constituían una organización militante

cerrada, estrictamente centralizada, ofensiva y peligrosa no sólo para sus enemigos, sino también para sus aliados. Por su psicología y por sus métodos de acción, un jesuita de la época “heroica” se distinguía del cura adocenado tanto como los guerreros de la Iglesia se diferenciaban de sus tenderos. No tenemos ninguna razón para idealizar a unos o a otros; pero sería totalmente indigno considerar al guerrero fanático con los ojos del tendero estúpido y perezoso.

Si nos quedamos en el terreno de las comparaciones puramente formales, o psicológicas, sí podría decirse que los bolcheviques son a los demócratas y socialdemócratas de cualquier matiz lo que los jesuitas eran a la apacible jerarquía eclesiástica. Comparados con los marxistas revolucionarios, los socialdemócratas y los centristas resultan unos atrasados mentales o, comparados con los médicos, unos curanderos: no analizan a fondo cuestión alguna; creen en la virtud de los exorcismos y eluden cobardemente cualquier dificultad, esperando un milagro. Los oportunistas son los pacíficos tenderos de la idea socialista, mientras que los bolcheviques son sus combatientes convencidos. De ahí el odio y las calumnias que les deparan quienes abundan en los mismos defectos que ellos, condicionados por la historia, y ninguna de sus cualidades.

Sin embargo, la comparación de los bolcheviques con los jesuitas es absolutamente unilateral y superficial; más literaria que histórica. Por el carácter y los intereses de las clases que les apoyaban, los jesuitas representaban la reacción, los protestantes, el progreso. Los límites de ese “progreso” encontraba, a su vez, expresión inmediata en la moral de los protestantes. Así, la doctrina de Cristo, “purificada” no impidió en modo alguno que un burgués urbano como Lutero apoyase el exterminio de los campesinos sublevados, “perros rabiosos”. El doctor Martín consideraba sin duda que “el fin justifica los medios”, antes de que esa regla fuese atribuida a los jesuitas. A su vez, los jesuitas, rivalizando con los protestantes, se adaptaron cada vez más al espíritu de la sociedad burguesa, y de los tres votos –pobreza, castidad y obediencia– solo conservaron el último, y en una forma muy suavizada. Desde el punto de vista del ideal cristiano, la moral de los jesuitas cayó tanto más bajo cuanto más dejaron de ser jesuitas. Los guerreros de la Iglesia se volvieron sus burócratas y, como todos los burócratas, unos pillos redomados.

#### **4. JESUITISMO Y UTILITARISMO**

Esas breves observaciones deberían bastar para mostrar cuánta ignorancia y

cuánta cortedad se necesitan para tomar en serio la oposición entre el principio “jesuítico” “el fin justifica los medios”, y el otro, inspirado por supuesto en una moral más elevada, según el cual cada “medio” lleva su pequeña etiqueta moral, lo mismo que las mercancías que se venden a un precio fijo. Es notable que el sentido común del filisteo anglosajón consiga indignarse contra el principio “jesuítico”, cuando él se inspira en la moral del utilitarismo, tan característico de la filosofía británica. Sin embargo, el criterio de Bentham y de John Mill –“la mayor felicidad posible para el mayor número posible”– significa que son morales los medios que conducen al bien común, fin supremo. De modo que la fórmula filosófica del utilitarismo anglosajón coincide plenamente con el principio “jesuítico”: “el fin justifica los medios”. El empirismo –como vemos– existe en el mundo para liberar a la gente de la necesidad de juntar los dos cabos del razonamiento.

Herbert Spencer, cuyo empirismo utilizó la vacuna evolucionista de Darwin del mismo modo que uno se vacuna contra la viruela, enseñaba la evolución de la moral parte de las “sensaciones” para llegar a las “ideas”. Las sensaciones imponen el criterio de la satisfacción inmediata, mientras que las ideas permiten guiarse conforme a un criterio de “una satisfacción futura más duradera y más elevada”. El criterio de la moral sigue siendo la “satisfacción” o la “felicidad”. Pero su contenido se ensancha y profundiza según el nivel de la “evolución”. Así, hasta Herbert Spencer, con los métodos de su utilitarismo “evolucionista”, muestra que el principio “el fin justifica los medios” no encierra, en sí mismo, nada inmoral.

Sería, sin embargo, ingenuo esperar de este “principio” abstracto una respuesta a la pregunta práctica: ¿qué se puede y qué no se puede hacer? Además, el principio de que “el fin justifica los medios” suscita naturalmente la pregunta: ¿y qué es lo que justifica el fin? En la vida práctica, como en el movimiento de la historia, el fin y el medio cambian sin cesar de sitio. La máquina en construcción es el “fin” de la producción, para convertirse, una vez instalada en una fábrica, en un “medio” de esa producción. La democracia es, en ciertas épocas, el “fin” de la lucha de clases, para tornarse después en su “medio”. Sin encerrar en sí nada inmoral, el principio atribuido a los jesuitas no resuelve el problema de la moral.

El utilitarismo “evolucionista” de Spencer nos deja también sin respuesta, a medio camino, pues siguiendo las huellas de Darwin intenta disolver la moral histórica concreta en las necesidades biológicas o en los “instintos sociales” propios de la vida animal gregaria, mientras que el concepto mismo de moral solo surge en un medio dividido por antagonismos, es decir, en una sociedad dividida en clases.

El evolucionismo burgués se detiene impotente en el umbral de la sociedad histórica, pues no quiere reconocer el principal resorte de la evolución de las formas sociales: la lucha de clases. La moral solo es una de las funciones ideológicas de esa lucha. La clase dominante impone a la sociedad sus fines y la acostumbra a considerar como inmorales los medios que contradicen esos fines. Tal es la función principal de la moral oficial. Persigue “la mayor felicidad posible”, no para la mayoría, sino para una minoría cada vez más exigua. Un régimen así no podría mantenerse ni una semana solo con la coacción. Necesita el cemento de la moral. Fabricar ese cemento es la profesión de los teóricos y los moralistas pequeñoburgueses. Por mucho que manipulen todos los colores del arco iris, en resumidas cuentas solo son los apóstoles de la esclavitud y de la sumisión.

## **5. “REGLAS MORALES UNIVERSALMENTE VÁLIDAS”**

Quien no quiera retornar a Moisés ni a Cristo ni a Mahoma, ni contentarse con una mescolanza ecléctica, debe reconocer que la moral es producto del desarrollo social; que no encierra nada invariable; que se halla al servicio de los intereses de la sociedad; que esos intereses son contradictorios; que la moral, más que ninguna otra forma ideológica, tiene un carácter de clase.

Pero, ¿acaso no existen reglas elementales de moral, elaboradas por el desarrollo de toda la Humanidad y necesarias para la vida de cualquier colectividad? Existen, sin duda; pero su eficacia es muy limitada e inestable. Las normas “imperativas para todos” son tanto menos operativas cuanto más se agudiza la lucha de clases. La forma suprema de ésta es la guerra civil, que anula violentamente todos los vínculos morales entre las clases enemigas.

En condiciones “normales”, el hombre “normal” observa el mandamiento “¡No matarás!”, pero si mata en circunstancias excepcionales de legítima defensa, los jueces lo absuelven. Si, por el contrario, cae víctima de un asesino, éste morirá, por decisión del tribunal. La necesidad de una justicia y de la legítima defensa, se desprende del antagonismo de intereses. El Estado se limita en tiempo de paz a legalizar la ejecución de individuos, pero en tiempo de guerra cambia el mandamiento “universalmente válido” “¡No matarás!” en su contrario. Los gobiernos más “humanos”, que en tiempo de paz “odian” la guerra, en tiempo de guerra convierten en deber supremo de sus ejércitos el exterminio de la mayor parte posible de la humanidad.

Las reglas “generalmente reconocidas” de la moral tienen en el fondo un carácter algebraico, es decir, indeterminado. Solo expresan el hecho de

que el hombre, en su conducta individual, está ligado por ciertas normas generales, porque pertenece a una sociedad. El “imperativo categórico” de Kant es la generalización más elevada de esas normas. Pero a pesar de la elevada situación que ocupa en el Olimpo filosófico, ese imperativo no tiene absolutamente nada de categórico, puesto que no es concreto. Es una forma sin contenido.

La causa de la vacuidad de las normas universalmente válidas estriba en que en todas las circunstancias importantes los hombres sienten su pertenencia a una clase de modo más profundo e inmediato que su pertenencia a la “sociedad”. Las normas morales “universalmente válidas” se cargan, en realidad, con un contenido de clase, es decir, antagónico. La norma moral es tanto más categórica cuanto menos “universal” es. La solidaridad obrera, sobre todo en las huelgas o en las barricadas, es infinitamente más “categórica” que la solidaridad humana en general.

La burguesía, cuya conciencia de clase es muy superior, por su plenitud e intransigencia, a la del proletariado tiene un interés vital en imponer su moral a las masas explotadas. Las normas concretas del catecismo burgués se camuflan mediante abstracciones morales que se colocan bajo la égida de la religión, de la filosofía o de esa cosa híbrida que llaman “sentido común”. El invocar las normas abstractas no es un error filosófico desinteresado, sino un elemento necesario del mecanismo de la lucha de clases. Poner en evidencia ese fraude, que tiene una tradición milenaria, es el primer deber del revolucionario proletario.

## **6. CRISIS DE LA MORAL DEMOCRÁTICA**

Para asegurar el triunfo de sus intereses en las grandes cuestiones, las clases dominantes se ven obligadas a hacer concesiones en las cuestiones secundarias; claro, solo con tal de que esas concesiones les traigan cuenta. En la época del ascenso del capitalismo, sobre todo en los últimos decenios anteriores a la guerra, esas concesiones, al menos en lo que concierne a las capas superiores del proletariado, tuvieron un carácter enteramente real. La industria progresaba sin cesar. Mejoraba el bienestar de las naciones civilizadas, también el de las masas obreras. La democracia parecía inquebrantable. Las organizaciones obreras crecían. Y con ellas crecían también las tendencias reformistas. Las relaciones entre las clases se suavizaban, por lo menos exteriormente. Así se suavizaban las relaciones entre las clases, al menos externamente. Junto a las normas de la democracia y a los hábitos de paz social, se establecían ciertas

reglas elementales de moral. Había la impresión de una sociedad cada vez más libre, justa y humana. Al “sentido común” le parecía que la curva ascendente del progreso era infinita.

En lugar de eso estalló la guerra, con su cortejo de conmociones violentas, de crisis, de catástrofes, de epidemias, de regreso a la barbarie. La vida económica de la humanidad se encontró en un callejón sin salida. Los antagonismos de clase se exacerbaron y se hicieron evidentes. Los mecanismos de seguridad de la democracia comenzaron a saltar uno tras otro. Las reglas elementales de la moral resultaron más frágiles aún que las instituciones de la democracia y las ilusiones del reformismo. La mentira, la calumnia, la corrupción, la violencia, el asesinato cobraron proporciones inauditas. Confundidas, las almas cándidas creyeron que eso eran consecuencias momentáneas de la guerra. En realidad, eran y siguen siendo manifestaciones de la decadencia del imperialismo. La gangrena del capitalismo pudre la sociedad contemporánea, incluidos su derecho y su moral.

La “síntesis” del horror imperialista es el fascismo, nacido de la bancarrota de la democracia burguesa ante las tareas que el imperialismo le asigna. Solo se conservan aún restos de democracia en las aristocracias capitalistas más ricas. Por cada “demócrata” de Inglaterra, de Francia, de Holanda, de Bélgica trabajan cierto número de esclavos coloniales; la democracia de los Estados Unidos la gobiernan “sesenta familias”, etc. Y en todas las democracias crecen rápidamente elementos de fascismo. El estalinismo es, a su vez, producto de la presión del imperialismo sobre un Estado obrero atrasado y aislado. En cierto modo, complementa simétricamente al fascismo.

Mientras los filisteos idealistas –y, naturalmente, los anarquistas en primer lugar– denuncian sin descanso la “amoralidad” marxista, los trust norteamericanos–según John Lewis (C.I.O.)–, gastan no menos de ochenta millones de dólares anuales en combatir la “desmoralización” revolucionaria, es decir, en espionaje, compra de obreros, falsificaciones judiciales y asesinatos a mansalva. ¡El imperativo categórico sigue a veces, para triunfar, caminos muy sinuosos!

Observemos –para ser ecuanímenes– que los moralistas pequeñoburgueses más sinceros y también más limitados de los viven todavía hoy de los recuerdos idealizados del ayer y de la esperanza de que ese pasado vuelva. No comprenden que la moral es función de la lucha de clases; que la moral democrática correspondía a las necesidades del capitalismo liberal y progresista; que la exacerbación de la lucha de clases que domina toda la época reciente, ha destruido definitiva e irrevocablemente esa moral; que su sitio lo han ocupado,

en sentidos opuestos, por un lado la moral del fascismo y por otro la moral de la revolución proletaria.

## 7. EL “SENTIDO COMÚN”

La democracia y la moral “universal” no son las únicas víctimas del imperialismo. La tercera es el sentido común, “innato en todos los hombres”. Esta forma inferior de la inteligencia, necesaria en cualquier situación, puede bastar en ciertas circunstancias. El capital fundamental del sentido común se basa en conclusiones elementales extraídas de la experiencia humana: no pongáis la mano en el fuego, procurad seguir la línea recta, no molestéis a los perros agresivos, etcétera. En un medio social estable, el sentido común resulta suficiente para el comercio, para cuidar a los enfermos, escribir artículos, dirigir un sindicato, votar en el parlamento, fundar una familia, crecer y multiplicarse. Pero cuando el sentido común trata de salir de sus límites naturales para entrar en el terreno de generalizaciones más completas, se revela que sólo es el conglomerado de los prejuicios de una clase y de una época determinadas. Ya la simple crisis del capitalismo lo despista; y ante perturbaciones “catastróficas” como las revolución, la contrarrevolución y la guerra, el sentido común es un imbécil a secas. Para conocer las conmociones “catastróficas” del curso “normal” de las cosas, se precisan facultades intelectuales más elevadas, cuya expresión filosófica solo ha dado, hasta ahora, el materialismo dialéctico.

Max Eastman, que se esfuerza con éxito por dar al “sentido común” la más seductora apariencia literaria, ha hecho una especie de profesión de la lucha contra la dialéctica materialista. Las banalidades conservadoras del sentido común, unidas al estilo de Eastman pasan por ser la “ciencia de la revolución”. Acudiendo a auxiliar a los esnobs reaccionarios del Common Sense, Max Eastman enseña con una seguridad inimitable enseña a la humanidad que si Trotski, en lugar de inspirarse en la doctrina marxista, se hubiese guiado por el sentido común... no hubiera perdido el poder. Para Eastman no existe la dialéctica interna que se ha manifestado hasta ahora en la sucesión de fases de todas las revoluciones. Pretende que la reacción sucede a la revolución porque no se respeta bastante el sentido común. Eastman no comprende que históricamente Stalin resulta ser precisamente la víctima del sentido común, puesto que el poder de que dispone sirve a fines hostiles al bolchevismo. En cambio, la doctrina marxista nos ha permitido romper con la burocracia termidoriana y continuar sirviendo al socialismo internacional.

Toda ciencia, inclusive la “ciencia de la revolución”, está sometida a la verificación experimental. Puesto que Eastman sabe cómo mantener un poder revolucionario cuando la contrarrevolución triunfa en todo el mundo, es de esperar que también sepa cómo conquistar el poder. Sería deseable que revele, al fin, ese secreto. Lo mejor sería que lo hiciese dándonos el programa de un partido revolucionario con el título de “cómo conquistar y cómo conservar el poder”. Nos tememos, sin embargo, que precisamente el sentido común impida que Eastman se lance a una empresa tan riesgosa. Y esta vez, el sentido común tendrá razón.

La doctrina marxista, que por desgracia Eastman jamás ha entendido, nos ha permitido prever que, en determinadas circunstancias históricas, era inevitable el Termidor soviético, con todo su cortejo de crímenes. La misma doctrina había predicho, con mucha anticipación, el inevitable hundimiento de la democracia burguesa y de su moral. Por el contrario, los doctrinarios del “sentido común” se han visto sorprendidos por el fascismo y por el estalinismo. El sentido común procede a base de magnitudes invariables en un mundo en el que lo único invariable es la variabilidad. La dialéctica, en cambio, considera los fenómenos, las instituciones y las normas en su formación, su desarrollo y su decadencia. La actitud dialéctica ante la moral, producto funcional y transitorio de la lucha de clases, parece “amoral” a los ojos del sentido común. Sin embargo, ¡nada hay más duro, más limitado, más arrogante y más cínico que la moral del sentido común!

## **8. LOS MORALISTAS Y LA GPU**

El pretexto para la cruzada contra la “amoralidad” bolchevique lo proporcionaron los juicios de Moscú. Pero esa cruzada no comenzó de inmediato, ya que la mayoría de los moralistas eran amigos del Kremlin. Como tales, durante cierto tiempo se esforzaron por disimular su estupor y fingir que nada había pasado.

Sin embargo, los juicios de Moscú no son fruto del azar. El servilismo, la hipocresía, el culto oficial de la mentira, la compra de conciencias y todas las demás formas de corrupción se desarrollaron con fuerza en Moscú desde 1924-25. Las futuras imposturas judiciales se preparaban a la vista de todo el mundo. No faltaron advertencias. Sin embargo, los “amigos” no querían notar nada. No es asombroso: la mayoría de esos caballeros habían sido profundamente hostiles a la Revolución de Octubre y sólo se aproximaron a la Unión Soviética conforme avanzaba la degeneración termidoriana de

ésta. Entonces la pequeña burguesía de Occidente reconoció en la pequeña burguesía de Oriente un alma gemela.

¿Creyeron de verdad esos individuos las acusaciones de Moscú? Sólo las creyeron los menos dotados de inteligencia. Los otros no quisieron tomarse la molestia de verificarlas. ¿Valía la pena trastornar la amistad halagüeña, confortable y a menudo provechosa con las embajadas soviéticas? Por lo demás no olvidaban que la imprudente verdad podía perjudicar el prestigio de la URSS. Esos hombres taparon el crimen por razones utilitarias, aplicando así manifiestamente la regla de que “el fin justifica los medios”.

El señor Pritt, consejero de S. M. Británica, que había tenido ocasión de echar en Moscú una mirada de soslayo bajo la túnica de la Temis estalinista y había encontrado sus intimidades en buen estado, asumió la tarea de desafiar la vergüenza. Romain Rolland, cuya autoridad moral tanto aprecian los contables de las editoriales soviéticas, se apresuró a publicar uno de sus manifiestos, en los que el lirismo melancólico se une a un cinismo senil. La Liga Francesa de los Derechos del Hombre, que en 1917 condenaba la “amoralidad de Lenin y de Trotski” cuando rompieron la alianza militar con Francia, se apresuró a tapar en 1936 los crímenes de Stalin en aras del pacto franco-soviético. El fin patriótico justifica –como se ve– todos los medios. En los Estados Unidos, The Nation y The New Republic cerraron los ojos a las hazañas de Yagoda, puesto que la “amistad” con la URSS se había convertido en sustento de su propia autoridad. No hace ni siquiera un año, esos señores no afirmaban que estalinismo y trotskismo fueran idénticos. Estaban abiertamente por Stalin, por su espíritu realista, por su justicia y por su Yagoda. En esa posición se mantuvieron tanto tiempo como pudieron.

Hasta el momento de la ejecución de Tujachevski, de Yakir, etc., la gran burguesía de los países democráticos observó no sin satisfacción –aunque afectando cierta repugnancia–, el exterminio de revolucionarios en la URSS. En este sentido The Nation, The New Republic, por no hablar de los Duranty, Louis Fisher y otros prostituidos de la pluma, se adelantaban a los intereses del imperialismo “democrático”. La ejecución de los generales perturbó a la burguesía, obligándola a comprender que la avanzada descomposición del aparato estalinista podría facilitar la tarea a Hitler, a Mussolini y al Mikado. El New York Times se puso a rectificar prudente, pero insistentemente la puntería de su Duranty. El Temps de París dejó filtrar en sus columnas un débil rayo de luz sobre la situación en la URSS. En cuanto a los moralistas y a los impostores pequeñoburgueses, jamás fueron más que auxiliares de las clases capitalistas. En fin, cuando la Comisión John Dewey formuló su veredicto, se hizo evidente a los ojos de todo hombre, por poco que piense, que continuar

defendiendo abiertamente a la GPU era afrontar la muerte política y moral. Solo a partir de ese momento los “amigos” decidieron invocar las verdades eternas de la moral; es decir, replegarse, atrincherándose en una segunda línea.

Los estalinistas y semiestalinistas horrorizados no son los últimos moralistas. Eugene Lyons convivió alegremente durante varios años con la pandilla termidoriana, considerándose casi un bolchevique. Habiendo regañado con el Kremlin –poco nos importa el por qué– Lyons se situó de nuevo en las nubes del idealismo. Liston Hook no hace mucho gozaba de tal crédito en la Comintern que le encargaron dirigir la propaganda republicana en inglés a favor de España. Cuando renunció a su cargo, no tuvo empacho en abjurar hasta de los rudimentos del marxismo. Walter Krivitsky, habiéndose negado a volver a la URSS, y habiendo roto con la GPU, se pasó inmediatamente a la democracia burguesa. Parece semejante la metamorfosis del septuagenario Charles Rappoport. Una vez echan el estalinismo por la borda, la gente de este tipo –y son muchos–, buscan sin falta en los argumentos de la moral abstracta una compensación para su decepción y o su envilecimiento ideológico. Preguntadles por qué se han pasado de la Comintern o de la GPU a la burguesía. Tienen la respuesta preparada: “El trotskismo no es mejor que el estalinismo”.

## **9. DISPOSICIÓN POLÍTICA DE PERSONAJES**

“El trotskismo es el romanticismo revolucionario; el estalinismo es la política realista”. Ya no queda ni rastro de esta ramplona antinomia con la que el filisteo vulgar justificaba, todavía ayer, su amistad con Termidor contra la revolución. Ya no se opone el trotskismo al estalinismo; se les identifica. Se les identifica en la forma y no en la esencia. Al batirse en retirada hasta el meridiano del “imperativo categórico”, los demócratas siguen en realidad defendiendo a la GPU, pero mejor disfrazados, más pérfidamente. Quien calumnia a las víctimas, colabora con el verdugo. En éste como en otros casos, la moral sirve a la política.

El filisteo demócrata y el burócrata estalinista son, si no gemelos, por lo menos hermanos espirituales. Políticamente, pertenecen en todo caso al mismo campo. El sistema gubernamental de Francia reposa actualmente sobre la colaboración de estalinistas, socialistas y liberales y lo mismo sucede en España, añadiendo a los anarquistas. Si el Partido Laborista Independiente de Inglaterra ofrece una apariencia tan pobre es porque durante años no ha salido de los brazos de la Comintern. El Partido Socialista Francés expulsó a los

trotskistas en el preciso momento en que se disponía a fundirse orgánicamente con los estalinistas. Si la fusión no se llevó a cabo no fue a causa de alguna divergencia de principios –¿qué queda de eso?–, sino porque los arribistas socialistas tuvieron miedo de perder sus puestos. Al volver de España, Norman Thomas declaró que los trotskistas ayudaban “objetivamente” a Franco, y con ese absurdo proporcionó una ayuda “objetiva” a los verdugos de la GPU. Este apóstol ha expulsado a los “trotskistas” norteamericanos de su partido en el momento en que la GPU fusilaba a sus camaradas en la URSS y en España. En numerosos países democráticos, los estalinistas, a pesar de su “inmoralidad”, penetran –no sin éxito–, en el aparato del Estado. En los sindicatos, se llevan bien con los burócratas de cualquier matiz. Es cierto que los estalinistas tratan demasiado a la ligera el Código Penal, cosa que en tiempos apacibles aterroriza un poco a sus amigos “demócratas”; en cambio, en circunstancias excepcionales –como muestra el ejemplo de España–, esto les ayuda a convertirse en jefes de la pequeña burguesía contra el proletariado.

La II Internacional y la Federación Sindical de Ámsterdam, claro está, no se hicieron responsables de las falsificaciones: dejaron esa tarea a la Comintern. Se callaron. En conversaciones privadas, sus representantes declaraban que desde el punto de vista moral, estaban contra Stalin; pero que desde el punto de vista político, estaban con él. Sólo cuando en el Frente Popular de Francia aparecieron grietas irreparables y los socialistas franceses tuvieron que pensar en el mañana, fue cuando León Blum encontró en el fondo de su tintero las indispensables fórmulas de indignación moral.

Otto Bauer censura suavemente la justicia de Vichinsky para así sostener, con tanta mayor “imparcialidad”, la política de Stalin. El destino del socialismo –según reciente declaración de Bauer– parece estar ligado a la suerte de la Unión Soviética. “Y el destino de la Unión Soviética –continúa diciendo–, es el del estalinismo, mientras el desarrollo de la Unión Soviética misma no haya superado la fase estalinista”. ¡Todo Bauer, todo el austromarxismo, toda la mentira y toda la podredumbre de la socialdemocracia están en esa frase magnífica! “Mientras” la burocracia estalinista sea suficientemente fuerte para exterminar a los representantes progresistas del “desarrollo interior”, Bauer se queda con Stalin. Cuando las fuerzas revolucionarias, a pesar de Bauer, derroquen a Stalin, entonces Bauer reconocerá generosamente el “desarrollo interior”, con un retraso de unos diez años, como mucho.

En torno de las viejas internacionales gravita el Buró de Londres, de los centristas, que reúne con todo acierto aspectos de jardín de niños, de escuela para adolescentes atrasados y de asilo de inválidos. El secretario del Buró, Fenner Brockway, comenzó por declarar que una indagación sobre los

procesos de Moscú podría “perjudicar a la URSS”, y en lugar de eso propuso que se hiciera una investigación sobre... la actividad política de Trotski, por una comisión “imparcial” compuesta por cinco adversarios irreconciliables de Trotski. Brandler y Lovestone se solidarizaron públicamente con Yagoda; no retrocedieron sino ante Iezhov. Jacob Walcher, con un pretexto manifiestamente falso, se negó a prestar ante la Comisión John Dewey un testimonio que sólo podía ser desfavorable a Stalin. La moral podrida de semejantes individuos sólo es producto de su política podrida.

El papel más triste, sin embargo, corresponde, sin duda, a los anarquistas. Si el estalinismo y el trotskismo son una misma cosa –como afirman ellos en cada renglón–, ¿por qué los anarquistas españoles ayudan a los estalinistas a aniquilar a los trotskistas, y al mismo tiempo a los anarquistas que se mantienen revolucionarios? Los teóricos libertarios más francos responden: es el precio del suministro soviético de armas. En otros términos: el fin justifica los medios. Pero, ¿cuál es el fin de ellos: el anarquismo, el socialismo? No, la salud de la democracia burguesa, que ha preparado el triunfo del fascismo. A un fin sucio corresponden sucios medios.

¡Esa es la disposición verdadera de los personajes en el tablero de la política mundial!

## **10. EL STALINISMO, PRODUCTO DE LA VIEJA SOCIEDAD**

Rusia ha dado el salto hacia adelante más grandioso de la historia, y las fuerzas más progresistas del país encontraron en él su expresión. Durante la reacción actual, cuya amplitud es proporcional a la de la revolución, la inercia toma su desquite. El estalinismo se ha convertido en la encarnación de esa reacción. La barbarie de la antigua Rusia, que reaparece sobre nuevas bases sociales, resulta más repugnante aún porque ahora tiene que emplear una hipocresía como la historia no había conocido hasta hoy,

Los liberales y los socialdemócratas de Occidente, a quienes la Revolución de Octubre había hecho dudar de sus añejas ideas, han sentido renacer sus fuerzas. La gangrena moral de la burocracia soviética les parece una rehabilitación del liberalismo. Se les ve exhibir viejos aforismos fuera de cuño, como éstos: “Toda dictadura lleva en sí los gérmenes de su propia disolución”; “sólo la democracia puede garantizar el desarrollo de la personalidad”, etc. Esa oposición de democracia y dictadura, que contiene, en este caso, la condena del socialismo en nombre del régimen burgués, asombra, desde el punto de vista

teórico, por su ignorancia y su mala fe. La infección del estalinismo, en tanto que realidad histórica, es opuesta a la democracia en tanto que abstracción suprahistórica. Sin embargo, la democracia también ha tenido su historia, y en ella no han faltado horrores. Para caracterizar la burocracia soviética empleamos los términos: “termidor” y “bonapartismo”, de la historia de la democracia burguesa, ya que –y que tomen nota los doctrinarios retrasados del liberalismo– la democracia no apareció de ningún modo por virtud de medios democráticos. Sólo mentecatos pueden contentarse con razonamientos sobre el bonapartismo, “hijo legítimo” del jacobinismo, castigo histórico por los atentados cometidos contra la democracia, etc. Sin la destrucción del feudalismo con el método jacobino, la democracia burguesa hubiera sido inconcebible. Es tan falso oponer a las etapas históricas concretas: jacobinismo, termidor, bonapartismo, la abstracción idealizada de “democracia”, como oponer el recién nacido al adulto.

El estalinismo, a su vez, no es una abstracción de “dictadura”, sino una grandiosa reacción burocrática contra la dictadura proletaria, en un país atrasado y aislado. La Revolución de Octubre abolió todos los privilegios, declaró la guerra a la desigualdad social, substituyó la burocracia por el gobierno de los trabajadores por ellos mismos, suprimió la diplomacia secreta, se esforzó por dar un carácter de transparencia completa a todas las relaciones sociales. El estalinismo ha restaurado las formas más ofensivas de los privilegios, ha dado a la desigualdad un carácter provocativo, ha ahogado la actividad espontánea de las masas por medio del absolutismo policiaco, ha hecho de la administración un monopolio de la oligarquía del Kremlin y ha regenerado el fetichismo del poder en formas que la monarquía absoluta no se hubiese atrevido a soñar.

La reacción social, en cualquiera de sus formas, se ve obligada a ocultar sus fines verdaderos. Cuanto más brutal sea la transición de la revolución a la reacción, más depende la reacción de las tradiciones de la revolución; es decir, más teme a las masas y tanto más se ve forzada a recurrir a la mentira y a la falsificación, en la lucha contra los representantes de la revolución. Las falsificaciones estalinistas no son fruto de la “amoralidad” bolchevique; no, como todos los acontecimientos importantes de la historia, son producto de una lucha social concreta; por lo demás, la más pérfida y cruel que exista: la lucha de una nueva aristocracia contra las masas que la han elevado al poder.

Se necesita, en realidad, una total indigencia intelectual y moral para identificar la moral reaccionaria y policiaca del estalinismo con la moral revolucionaria del bolchevismo. El partido de Lenin dejó de existir hace mucho tiempo: se rompió por las dificultades interiores y por el choque con el imperialismo

mundial. Su sitio lo ha ocupado la burocracia estalinista, que es un mecanismo de transmisión del imperialismo. En la liza mundial, la burocracia ha substituido la lucha de clases por la colaboración de clases, el internacionalismo por el socialpatriotismo. Para adaptar el partido dirigente a las tareas de la reacción, la burocracia ha “renovado” su composición, por medio del exterminio de revolucionarios y el reclutamiento de arribistas.

Toda reacción resucita, nutre, refuerza los elementos del pasado histórico, sobre el que la revolución ha descargado un golpe sin haber logrado aniquilarlo. Los métodos del estalinismo llevan hasta el fin, hasta la tensión más alta y, al mismo tiempo, hasta el absurdo, todos los procedimientos de mentira, de crueldad y de bajeza que constituyen el mecanismo del poder en toda sociedad dividida en clases, sin excluir la democracia. El estalinismo es un conglomerado de todas las monstruosidades del Estado tal como lo ha hecho la historia; es también su peor caricatura y su repugnante mueca. Cuando los representantes de la antigua sociedad oponen sentenciosamente a la gangrena del estalinismo una abstracción democrática esterilizada, tenemos todo el derecho a recomendarles, lo mismo que a toda la vieja sociedad, que se miren en el espejo deformante del termidor soviético. Ciertamente, la GPU supera en mucho a todos los otros regímenes por la franqueza de sus crímenes; pero eso es consecuencia de la amplitud grandiosa de los acontecimientos que sacudieron a Rusia en medio de la desmoralización mundial de la era imperialista.

## **11. MORAL Y REVOLUCIÓN**

Entre liberales y radicales no falta gente que ha asimilado los métodos materialistas de interpretación de los acontecimientos y que se consideran marxistas. Eso no les impide, sin embargo, seguir siendo periodistas, profesores o políticos burgueses. El bolchevique no se concibe, naturalmente, sin método materialista, inclusive en el dominio de la moral. Pero ese método no sólo le sirve para interpretar los acontecimientos, sino para crear el partido revolucionario, el partido del proletariado. Es imposible cumplir semejante tarea sin una independencia completa respecto de la burguesía y su moral. Sin embargo, la opinión pública burguesa domina perfecta y plenamente, en el actual momento, el movimiento obrero oficial, de William Green en los Estados Unidos, a García Oliver en España, pasando por León Blum y Maurice Thorez en Francia, El carácter reaccionario de esta época encuentra en ese hecho su más profunda expresión.

El marxista revolucionario no podría abordar su misión histórica sin haber roto moralmente con la opinión pública de la burguesía y de sus agentes en el seno del proletariado. Tal cosa exige un arrojo moral de distinto calibre del que se necesita para gritar en las reuniones públicas “¡Abajo Hitler!”, “¡Abajo Franco!”. Precisamente, esa ruptura decisiva, profundamente reflexionada, irrevocable, entre los bolcheviques y la moral conservadora de la gran burguesía y también de la pequeña, es lo que causa un espanto mortal a los charlatanes demócratas, a los profetas de salón y a los héroes de pasillo. De ahí sus lamentaciones sobre la “amoralidad” de los bolcheviques.

Su manera de identificar la moral burguesa con la moral “en general”, se observa, sin duda, del mejor modo en la extrema izquierda de la pequeña burguesía, precisamente en los partidos centristas del llamado Buró de Londres. Ya que esta organización “admite” el programa de la revolución proletaria, nuestras divergencias con ella parecen a primera vista secundarias. En realidad, su “admisión” del programa revolucionario carece de todo valor, ya que no la obliga a nada. Los centristas “admiten” la revolución proletaria como los kantianos admiten el imperativo categórico, es decir, como un principio sagrado, pero inaplicable en la vida de todos los días. En la esfera de la política práctica, se unen con los peores enemigos de la revolución, los reformistas-estalinistas, para luchar contra nosotros. Todo su pensamiento está impregnado de duplicidad y de falsedad. Si no llegan a cometer crímenes enormes es solo porque siempre se quedan en el último plano de la política: son, en cierta forma, los carteristas de la historia. Precisamente por eso se consideran llamados a regenerar el movimiento obrero por medio de una nueva moral.

En la extrema izquierda de esta cofradía de “izquierda”, se encuentra un pequeño grupo, totalmente insignificante en lo político, de emigrados alemanes que publican la revista Neuer Weg (Nueva Ruta). Prestemos atención y escuchemos a esos detractores “revolucionarios” de la amoralidad bolchevique. En tono de elogio de doble sentido, la Neuer Weg escribe que los bolcheviques se distinguen ventajosamente de los otros partidos por su falta de hipocresía: proclaman abiertamente lo que los demás aplican silenciosamente en la realidad, a saber, el principio: “el fin justifica los medios”. Pero –según la opinión de la Neuer Weg– una regla “burguesa” de ese género es incompatible “con un movimiento socialista sano”, “la mentira y algo peor aún no son medios permitidos en la lucha, como consideraba todavía Lenin”. La palabra “todavía” significa, naturalmente, que Lenin no había aún conseguido deshacerse de sus ilusiones, por no haber vivido hasta el descubrimiento de la “nueva ruta”. En la fórmula “la mentira y algo peor aún”, el segundo miembro significa, evidentemente, la violencia, el asesinato, etc., ya que, en

igualdad de circunstancias, la violencia es peor que la mentira y el asesinato es la forma suprema de la violencia. Llegamos así a la conclusión de que la mentira, la violencia y el asesinato son incompatibles con “un movimiento socialista sano”. Pero, ¿qué pasa con la revolución? La guerra civil es la más cruel de las guerras. Es inconcebible no sólo sin la violencia contra terceros, sino –con la técnica contemporánea– sin el homicidio de ancianos y niños. ¿Es preciso recordar a España? La única respuesta que podrían darnos los “amigos” de la España republicana sería que la guerra civil vale más que la esclavitud fascista. Esa respuesta, enteramente correcta, sólo significa que el fin (democracia o socialismo) justifica, en ciertas condiciones, medios tales como la violencia y el homicidio. ¡Y es inútil hablar de la mentira! La guerra es tan inconcebible sin mentiras como la máquina sin engrase. Con el fin único de proteger la sesión de las Cortes (1.º de febrero de 1938) contra las bombas fascistas, el gobierno de Barcelona engañó varias veces, a sabiendas, a los periodistas y a la población. ¿Podía obrar de otro modo? Quien quiera el fin –la victoria contra Franco– debe aceptar los medios, la guerra civil con su cortejo de horrores y de crímenes.

Sin embargo, la mentira y la violencia, ¿no deben condenarse “en sí mismas”? Seguramente, deben condenarse, y al mismo tiempo, la sociedad dividida en clases que las engendra. La sociedad sin contradicciones sociales será, claro está, una sociedad sin mentira ni violencia. Sin embargo, solo podemos tender un puente hasta ella por virtud de métodos revolucionarios, es decir, métodos de violencia. La revolución misma es producto de una sociedad dividida en clases, y de ello lleva necesariamente impresas las huellas. Desde el punto de vista de las “verdades eternas”, la revolución es, naturalmente, “inmoral”. Pero eso solo significa que la moral idealista es contrarrevolucionaria, es decir, se halla al servicio de los explotadores.

“Pero la guerra civil –dirá quizás el filósofo pillado de improviso– es, por decirlo así, una lamentable excepción. En tiempo de paz, un movimiento socialista sano debe abstenerse de la violencia y de la mentira”. Semejante respuesta solo es una lastimosa escapatoria. No hay fronteras infranqueables entre la lucha de clases “pacífica” y la revolución. Cada huelga contiene en germen todos los elementos de la guerra civil. Las dos partes se esfuerzan por darse mutuamente una idea exagerada de su resolución de luchar y de sus recursos materiales. Gracias a su prensa, a sus agentes y a sus espías, los capitalistas se esfuerzan por intimidar y desmoralizar a los huelguistas. Por su lado, los piquetes de huelga, cuando la persuasión resulta inoperante, se ven obligados a recurrir a la fuerza. Así, “la mentira y algo peor aún” constituyen parte inseparable de la lucha de clases, hasta en su forma más embrionaria. Queda por añadir que las nociones de verdad o de mentira nacieron de las

contradicciones sociales.

## 12. LA REVOLUCIÓN Y EL SISTEMA DE REHENES

Stalin manda prender y fusilar a los hijos de sus adversarios, después de ordenar que ellos mismos sean fusilados con acusaciones falsas. Las familias le sirven de rehenes, para obligar a volver del extranjero a los diplomáticos soviéticos que quisieren permitirse alguna duda sobre la probidad de Yagoda o de Yezhov. Los moralistas de la Neuer Weg creen necesario y oportuno recordar con este motivo que “también Trotski” utilizó en 1919, de una Ley de Rehenes. Y aquí es preciso citar textualmente: “la aprehensión de familias inocentes por Stalin es de una barbarie repugnante. Pero semejante cosa sigue siendo una barbarie cuando es Trotski el que manda” (1919). ¡He ahí la moral idealista en toda su belleza! Estos criterios son tan falaces como las normas de la democracia burguesa: se supone en ambos casos una igualdad donde no hay ni sombra de igualdad.

No insistamos aquí en que el decreto de 1919 muy probablemente no provocó el fusilamiento de parientes de oficiales, cuya traición no solo costaba pérdidas humanas innumerables, sino que amenazaba con llevar directamente la revolución a la ruina. En el fondo, no se trata de eso. Si la revolución hubiera manifestado desde el principio menos generosidad inútil, se habrían ahorrado centenares de miles de vidas en lo que siguió. Sea lo que fuere, asumo toda la responsabilidad del decreto de 1919. Fue una medida necesaria en la lucha contra los opresores. Este decreto, como toda la guerra civil, que también podríamos llamar con justicia “una repugnante barbarie”, no tiene más justificación que el objeto histórico de la lucha.

Dejemos a Emil Ludwig y a sus semejantes la tarea de pintarnos retratos de Abraham Lincoln adornados con alitas de color de rosa. La importancia de Lincoln reside en que para alcanzar el gran objetivo histórico asignado para el desarrollo del joven pueblo norteamericano, no retrocedió ante las medidas más rigurosas, cuando fueron necesarias. La cuestión ni siquiera reside en saber cuál de los beligerantes sufrió o infligió el mayor número de víctimas. La historia tiene un patrón diferente para medir las crueldades de los sudistas y las de los nordistas de la Guerra de Secesión. ¡Que no vengan eunucos despreciables a sostener que el esclavista que con violencia o astucia encadena a un esclavo es igual, ante la moral, que el esclavo que rompe sus cadenas con astucia o violencia!

Cuando ya estaba ahogada en sangre la Comuna de París y la canalla reaccionaria

del mundo entero se había puesto a arrastrar su estandarte por el cielo, no faltaron numerosos filisteos demócratas que difamaron, al lado de la reacción, a los comuneros que habían ejecutado a 64 rehenes, empezando por el arzobispo de París. Marx no vaciló un instante en defender esta acción sangrienta de la Comuna. En una circular del Consejo General de la Internacional, bajo cuyas líneas creería uno escuchar lava que hierve, Marx recuerda primero que la burguesía usó el sistema de rehenes en su lucha contra los pueblos de las colonias y contra su propio pueblo, para referirse en seguida a las ejecuciones sistemáticas de comuneros prisioneros por los encarnizados reaccionarios. Y continúa: “Para defender a sus combatientes prisioneros, la Comuna no tenía más recurso que la toma de rehenes, habitual entre los prusianos. La vida de los rehenes se perdió y volvió a perderse porque los versalleses continuaban fusilando a sus prisioneros. ¿Habría sido posible salvar a los rehenes después de la horrible carnicería con que marcaron su entrada en París los pretorianos de Mac Mahon? ¿Habría que reducir a una burla el último contrapeso del salvajismo implacable de los gobiernos burgueses, la toma de rehenes?”. Eso escribía Marx sobre la ejecución de rehenes, a pesar de que tras él hubiese en el Consejo General no pocos Fenner Brockways, Norman Thomas y gente como Otto Bauer. Sin embargo, la indignación del proletariado mundial por las atrocidades de los versalleses era todavía tan grande que los confusionistas reaccionarios prefirieron callar, esperando tiempos mejores para ellos, que – desgraciadamente – no tardaron en llegar. Sólo después del triunfo definitivo de la reacción fue cuando los moralistas pequeñoburgueses, en unión con los burócratas sindicales y los charlatanes anarquistas, causaron la pérdida de la I Internacional.

Cuando la Revolución de Octubre se defendía contra las fuerzas de todo el imperialismo en un frente de ocho mil kilómetros, los obreros del mundo entero seguían el desarrollo de esta lucha con una simpatía tan ardiente que hubiese sido peligroso denunciar ante ellos el sistema de rehenes como una “repugnante barbarie”. Fue precisa la completa degeneración del Estado soviético y el triunfo de la reacción en una serie de países para que los moralistas salieran de sus agujeros... en ayuda de Stalin. En efecto, si las medidas de represión tomadas para defender los privilegios de la nueva aristocracia tienen el mismo valor moral que las medidas revolucionarias tomadas en la lucha libertadora, entonces Stalin está plenamente justificado, a menos que... se condene en bloque la revolución proletaria. Al tiempo que buscan ejemplos de inmoralidades en los acontecimientos de la guerra civil de Rusia, los señores moralistas se ven obligados a cerrar los ojos ante el hecho de que la revolución española restableció también el sistema de rehenes, por lo menos, durante el período en que fue una verdadera revolución de masas. Si los detractores

todavía no se han atrevido a atacar a los obreros españoles por su “repugnante barbarie”, es únicamente porque el terreno de la península ibérica está aún demasiado candente para ellos. Es mucho más cómodo remontarse a 1919. Eso es ya historia: los viejos lo habrán olvidado ya y los jóvenes todavía no lo han aprendido. Por esa misma razón, los fariseos de cualquier matiz retornan con tanta insistencia a Kronstadt y Majno: ¡sus emanaciones de moral pueden exhalarse aquí libremente!

### **13. “MORAL DE CAFRES”**

No es posible dejar de convenir con los moralistas en que la historia toma caminos crueles. ¿Qué conclusión sacar de ahí para la actividad práctica? León Tolstoi recomendaba a los hombres que fuesen más sencillos y mejores. El Mahatma Gandhi les aconseja tomar leche de cabra. ¡Ay! Los moralistas “revolucionarios” de la Neuer Weg no están tan lejos de esas recetas. “Debemos liberarnos –predican– de la moral de cafres para la que no hay más mal que el que hace el enemigo.” ¡Admirable consejo! “Debemos liberarnos...” Tolstoi recomendaba también liberarse del pecado de la carne. Y, sin embargo, la estadística no confirma el éxito de su propaganda. Nuestros homúnculos centristas han logrado elevarse hasta una moral por encima de las clases, dentro de una sociedad dividida en clases. Pero si hace casi dos mil años que ya se dijo: “Amad a vuestros enemigos”, “poned la otra mejilla”... Y, sin embargo, hasta ahora, ni el Santo Padre romano se ha “liberado” del odio a sus enemigos. ¡En verdad, el diablo, enemigo del género humano, es muy poderoso!

Aplicar criterios diferentes a los actos de los explotadores y de los explotados es –según la opinión de los pobres homúnculos– ponerse al nivel de la “moral de los cafres”. Preguntemos primero si corresponde a “socialistas” profesar semejante desprecio por los cafres. ¿Tan mala es su moral? He aquí lo que dice sobre ese tema la Enciclopedia Británica:

“En sus relaciones sociales y políticas manifiestan mucho tacto e inteligencia; son extraordinariamente valientes, belicosos y hospitalarios; y fueron honrados y veraces hasta que el contacto con los blancos les volvió suspicaces, vengativos y ladrones, y asimilaron, además, la mayor parte de los vicios de los europeos”. No se puede sino concluir que los misioneros blancos, predicadores de la moral eterna, contribuyeron a la corrupción de los cafres.

Si a un trabajador cafre se le dijese que los obreros, habiéndose rebelado en alguna parte del planeta, han pillado a sus opresores de improviso, el cafre se

alegraría. Le apenaría, por el contrario, saber que los opresores han logrado engañar a los oprimidos. El cafre a quien los misioneros no han corrompido hasta la médula de los huesos, no consentirá nunca que se apliquen las mismas normas de moral abstracta a los opresores y a los oprimidos. En cambio, comprenderá muy bien –si se le explica– que el objeto de esas normas abstractas es, precisamente, impedir la rebelión de los oprimidos contra los opresores.

Coincidencia edificante: para calumniar a los bolcheviques, los misioneros de la Neuer Weg tienen que calumniar al mismo tiempo a los cafres; y en ambos casos la calumnia sigue el cauce de la mentira oficial burguesa: contra los revolucionarios y contra las razas de color. ¡No, nosotros preferimos los cafres a todos los misioneros, religiosos o laicos!

Sin embargo, es preciso no sobreestimar el grado de conciencia de los moralistas de la Neuer Weg o de los de otros callejones sin salida. Las intenciones de esa gente no son tan malas. Sin embargo, sirven de palanca al mecanismo de la reacción. En una época como la actual, en que los partidos pequeñoburgueses se aferran a la burguesía liberal o a su sombra (política de “frente popular”), paralizan al proletariado y allanan el camino al fascismo (España, Francia...) los bolcheviques, es decir, los marxistas revolucionarios, se convierten en personajes particularmente odiosos a los ojos de la opinión pública burguesa. La presión política fundamental de nuestros días se ejerce de derecha a izquierda. En resumidas cuentas, todo el peso de la reacción gravita sobre los hombros de una pequeña minoría revolucionaria. Esta minoría se llama la IV Internacional. Voilà l’ennemi! ¡He ahí el enemigo!

El estalinismo ocupa en el mecanismo de la reacción muchas posiciones dominantes. Todos los grupos de la sociedad burguesa, inclusive los anarquistas, utilizan de un modo o de otro su ayuda en la lucha contra la revolución proletaria. Al mismo tiempo, los demócratas pequeñoburgueses tratan de atribuir por lo menos el cincuenta por ciento de los crímenes odiosos de su aliado moscovita a la irreductible minoría revolucionaria. Ese es, precisamente, el significado del dicho ahora en boga: “trotskismo y estalinismo son lo mismo”. Los adversarios de los bolcheviques y de los cafres ayudan así a la reacción para calumniar el partido de la revolución.

## **14. LA “AMORALIDAD” DE LENIN**

Los “socialistas revolucionarios” rusos han sido siempre los hombres más morales: en el fondo, eran solo pura ética. Eso no les impidió, sin embargo,

engañar a los campesinos rusos durante la revolución. En el órgano parisiense de Kerenski –socialista ético también, precursor de Stalin en la fabricación de falsas acusaciones contra los bolcheviques– el viejo “socialista revolucionario” Zenzinov escribe: “Lenin enseñó, como se sabe, que para alcanzar su fin, los bolcheviques pueden y a veces deben ‘usar diversas estratagemas, el silencio y el disimulo de la verdad...” (Nóvaia Rosiia, 17 de febrero de 1938, pág. 3). De ahí la conclusión ritual: el estalinismo es hijo legítimo del leninismo.

Por desgracia, ese detractor ético ni siquiera sabe citar honradamente. Lenin escribió: “Es preciso saber aceptarlo todo, todos los sacrificios, y aun –en caso de necesidad–, usar estratagemas varias, astucia, procedimientos ilegales, el silencio, el disimulo de la verdad, para penetrar en los sindicatos, mantenerse en ellos, proseguir en ellos la acción comunista”. La necesidad de estratagemas y de astucias –según la explicación de Lenin–, era consecuencia de que la burocracia reformista, entregando a los obreros al capital, persigue a los revolucionarios y recurre inclusive contra ellos a la policía burguesa. La “astucia” y el “disimulo de la verdad” no son, en el caso, más que medios de una defensa legítima contra la burocracia reformista y traidora.

El propio partido de Zenzinov desarrolló, hace años, un trabajo ilegal contra el zarismo y más tarde contra el bolchevismo. En ambos casos, se valió de astucias, de estratagemas, de pasaportes falsos y de otras formas de “disimulo de la verdad”. Todos esos medios los consideró no sólo “éticos”, sino hasta heroicos, puesto que correspondían a los fines políticos de la democracia pequeñoburguesa. La situación, sin embargo, cambia tan pronto como los revolucionarios proletarios se ven obligados a recurrir a medidas conspirativas contra la democracia pequeñoburguesa. ¡La clave de la moral de esos señores, como se ve, tiene carácter de clase!

El “amoralista” Lenin recomienda abiertamente, en la prensa, utilizar astucias de guerra con los líderes que traicionan a los obreros. El moralista Zenzinov trunca deliberadamente una cita por los dos extremos a fin de engañar a sus lectores: el detractor ético ha sabido ser, como de costumbre, un bribón ruin. ¡No en vano a Lenin le gustaba repetir que es terriblemente difícil ir contra un adversario de buena fe!

El obrero que no oculta al capitalista la “verdad” sobre las intenciones de los huelguistas es sencillamente un traidor que sólo merece desprecio y boicot. El soldado que comunica la “verdad” al enemigo es castigado como espía. Kerenski mismo intentó de mala fe acusar a los bolcheviques de haber comunicado la “verdad” al Estado Mayor de Ludendorff. Resulta así que la “santa verdad” no es un fin en sí. Por encima de ella, existen criterios más

imperativos que, como demuestra el análisis, tienen carácter de clase.

Una lucha a muerte no se concibe sin astucias de guerra; en otras palabras, sin mentiras ni engaños. ¿Pueden los proletarios alemanes no engañar a la policía de Hitler? ¿Obran “amoralmente” los bolcheviques soviéticos engañando a la GPU? Todo burgués honrado aplaude la habilidad del policía que logra atrapar con astucias a un peligroso gánster. ¿Y no va a estar permitida la astucia cuando se trata de derrocar a los gánsteres del imperialismo?

Norman Thomas habla de “la extraña amoralidad comunista que solo tiene en cuenta su partido y su poder” (Socialist Call, 12 de marzo de 1938). Thomas coloca así en el mismo saco a la Comintern actual, es decir, el complot de la burocracia del Kremlin contra la clase obrera, y al partido bolchevique, que encarnaba el complot de los obreros adelantados contra la burguesía. Hemos refutado suficientemente más arriba esta identificación enteramente desvergonzada. El estalinismo solo se disfraza con el culto del partido; en realidad, destruye y arrastra por el barro al partido mismo. Es verdad, sin embargo, que para el bolchevique el partido lo es todo. Esta actitud del revolucionario para con la revolución asombra y choca al socialista de salón, que es solo un burgués provisto de un “ideal” socialista. A ojos de Norman Thomas y de sus semejantes, el partido es un instrumento momentáneo para combinaciones electorales y demás, y solo eso. Su vida privada, sus intereses, sus relaciones, sus criterios de moral están fuera del partido. Considera con un asombro hostil al bolchevique, para quien el partido es el instrumento de la transformación revolucionaria de la sociedad, inclusive de la moral de ésta. En el marxista revolucionario no puede existir contradicción entre la moral personal y los intereses del partido, ya que en su conciencia el partido engloba las tareas y fines más elevados de la humanidad. Sería ingenuo creer que Thomas tiene una noción más elevada de la moral que los marxistas. Lo que pasa es que tiene una idea mucho más baja del partido.

“Todo lo que nace es digno de perecer”, dice el dialéctico Goethe. La ruina del partido bolchevique –episodio de la reacción mundial–, no disminuye, sin embargo, su importancia en la historia mundial. En la época de su ascenso revolucionario, es decir, cuando representaba verdaderamente la vanguardia proletaria, fue el partido más honrado de la historia. Cuando pudo, claro que engañó a las clases enemigas; pero dijo la verdad a los trabajadores, toda la verdad y solo la verdad. Únicamente gracias a eso conquistó su confianza, más que cualquier otro partido en el mundo.

Los subordinados a las clases dirigentes tratan al constructor de ese partido de “amoralista”. A ojos de los obreros conscientes, esta acusación le honra.

Significa que Lenin se negaba a reconocer las reglas de moral establecidas por los esclavistas para los esclavos, y nunca observadas por los esclavistas mismos; significa que Lenin incitaba al proletariado a extender la lucha de clases inclusive al ámbito de la moral. ¡Quien se incline ante las reglas establecidas por el enemigo no vencerá jamás!

La “amoralidad” de Lenin, es decir, su negativa a admitir una moral por encima de las clases, no le impidió mantenerse fiel al mismo ideal durante toda su vida; darse enteramente a la causa de los oprimidos; dar pruebas de la mayor honradez en la esfera de las ideas y de la mayor intrepidez en la esfera de la acción; no tener la menor suficiencia para con el “sencillo” obrero, con la mujer indefensa y con el niño. ¿No parece que la “amoralidad” solo es, en este caso, sinónimo de una más elevada moral humana?

## 15. UN EPISODIO EDIFICANTE

Es conveniente referir aquí un episodio que, aunque de poca importancia en sí, ilustra bastante bien la diferencia entre su moral y la nuestra. En 1935, en cartas a mis amigos belgas, desarrollé la idea de que el intento de un joven partido revolucionario de crear sus “propios” sindicatos equivaldría al suicidio. Es preciso ir a buscar a los obreros donde estén. Pero, ¿significa eso dar cuotas sostener un aparato oportunista? Claro, respondí. Para tener derecho a desarrollar un trabajo de zapa contra los reformistas es preciso provisionalmente pagarles tributo. Pero los reformistas no permitirán desarrollar un trabajo de zapa contra ellos... Claro, respondí. El trabajo de zapa exige medidas conspirativas. Los reformistas son la policía política de la burguesía en el seno de la clase obrera. Es preciso saber obrar sin su autorización, y a pesar de sus prohibiciones... En el curso de un registro casual en casa del camarada D., en relación –si no me equivoco– con un asunto de suministro de armas a los obreros españoles, la policía belga se apoderó de mi carta. Algunos días más tarde fue publicada. La prensa de Vandervelde, de De Man y de Spaak no ahorró las condenas de mi “maquiavelismo” y mi “jesuitismo”. ¿Y quiénes eran, pues, mis censores?

Vandervelde, presidente de la II Internacional durante largos años, se había convertido hacía tiempo en el hombre de confianza del capital belga. De Man, quien en una serie de tomos panzudos había tratado de ennoblecer el socialismo, adornándolo con una moral idealista y aproximándose, a escondidas, a la religión, aprovechó la primera ocasión para engañar a los obreros y convertirse en un ministro ordinario de la burguesía. En cuanto

a Spaak, la cosa es todavía más impresionante. Año y medio antes, este caballero se encontraba en la oposición socialista de izquierda y había venido a verme a Francia para consultarme respecto de los métodos de lucha contra la burocracia de Vandervelde. Yo le había expuesto las ideas que más tarde formaron el contenido de mi carta. Un año apenas después de su visita, Spaak renunciaba a las espinas para quedarse con la rosa. Traicionando a sus amigos de la oposición, se convertía en uno de los ministros más cínicos del capital belga. En los sindicatos y en el partido, esos caballeros ahogan cualquier crítica, desmoralizan y corrompen sistemáticamente a los obreros más avanzados y excluyen también sistemáticamente a los imbéciles. Se distinguen de la GPU únicamente por no haber recurrido hasta hoy al derramamiento de sangre: como buenos patriotas que son, reservan la sangre obrera para la próxima guerra imperialista. Está claro: ¡es preciso ser un enviado del diablo, un monstruo moral, un “cafre”, un bolchevique para dar a los obreros revolucionarios el consejo de que sigan las reglas de la conspiración en la lucha contra esos caballeros!

Desde el punto de vista de la legalidad belga, mi carta no contenía, naturalmente, nada criminal. La policía de un país “democrático” se hubiera sentido obligada a restituirla al destinatario, disculpándose. La prensa del Partido Socialista hubiera debido protestar contra un registro dictado por los intereses del general Franco. Sin embargo, los señores socialistas no tuvieron el menor escrúpulo en sacar partido del servicio indiscreto que les ofrecía la policía: sin lo cual no hubieran gozado de la feliz ocasión de manifestar, una vez más, la superioridad de su moral sobre la amoralidad de los bolcheviques.

Todo es simbólico en este episodio. Los socialdemócratas belgas me abrumaron con su indignación en el momento preciso en que sus camaradas noruegos nos tenían, a mi mujer y a mí entre rejas para impedir que pudiésemos defendernos lo más mínimo de las acusaciones de la GPU. El gobierno noruego sabía perfectamente que las acusaciones de Moscú eran falsas: el órgano oficial de la socialdemocracia lo escribió con todas las letras desde el primer día. Pero Moscú atacó el bolsillo de los armadores y los comerciantes de pescado noruegos, y los señores socialdemócratas se pusieron inmediatamente a cuatro patas. El jefe del partido, Martín Tranmael, es más que una autoridad en materia moral, es un justo: no bebe ni fuma, es vegetariano y se baña en invierno en agua helada. Eso no le impidió, después de habernos mandado prender por órdenes de la GPU, invitar especialmente para que me calumniase al agente noruego de la GPU, Jacob Friis, un burgués sin honor ni conciencia. Pero basta...

La moral de esos señores consiste en reglas convencionales y procedimientos

oratorios destinados a tapar sus intereses, sus apetitos y sus terrores. En su mayor parte, están dispuestos a todas las bajezas –a renegar, a la perfidia, a la traición– por ambición o por lucro. En la esfera sagrada de los intereses personales, el fin justifica los medios. Perfectamente, por eso necesitan un código moral particular, práctico y al mismo tiempo elástico, como unos buenos tirantes. Detestan a quienquiera que revela a las masas su secreto profesional. En tiempo de “paz”, su odio se expresa por medio de calumnias, vulgares o “filosóficas”. Cuando los conflictos sociales se avivan, como en España, esos moralistas, estrechando la mano de la GPU, exterminan a los revolucionarios. Y para justificarse, repiten que “trotskismo y estalinismo son lo mismo”.

## **16. INTERDEPENDENCIA DIALÉCTICA DEL FIN Y DE LOS MEDIOS**

El medio sólo puede ser justificado por el fin. Pero éste, a su vez, debe justificarse. Desde el punto de vista del marxismo, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin está justificado si conduce a acrecentar el poder del hombre sobre la naturaleza y a abolir el poder del hombre sobre el hombre.

¿Significa eso que para alcanzar tal fin todo esté permitido?, nos preguntará sarcásticamente el filisteo, revelando que no ha comprendido nada. Está permitido –responderemos–, todo lo que conduce realmente a la liberación de la humanidad. Y puesto que este fin sólo puede alcanzarse por caminos revolucionarios, la moral emancipadora del proletariado posee –indispensablemente–, carácter revolucionario. Se opone irreductiblemente no sólo a los dogmas de la religión, sino también a los fetiches idealistas de toda especie, gendarmes filosóficos de la clase dominante. Deduce las reglas de conducta de las leyes del desarrollo de la humanidad, y por consiguiente, ante todo, de la lucha de clases, ley de leyes.

¿Significa eso, a pesar de todo, que en la lucha de clases contra el capitalismo todos los medios estén permitidos: la mentira, la falsificación, la traición, el asesinato, etc.?, insiste todavía el moralista. Sólo son admisibles y obligatorios –le responderemos–, los medios que aumentan la cohesión revolucionaria del proletariado, inflaman su alma con un odio implacable a la opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus súbditos demócratas, le impregnan de la conciencia de su misión histórica, aumentan su bravura y su abnegación en la lucha. Precisamente de eso se desprende que no todos los medios están

permitidos. Cuando decimos que el fin justifica los medios, de ahí se deriva para nosotros la conclusión de que el gran fin revolucionario rechaza, como medios, todos los procedimientos y métodos indignos que enfrentan a una parte de la clase obrera contra las otras; o que intentan hacer la dicha de las demás sin su propio concurso; o que reducen la confianza de las masas en ellas mismas y en su organización, substituyéndola por la adoración de los “jefes”. Por encima de todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo para con la burguesía y la altanería para con los trabajadores, es decir, uno de los rasgos más hondos de la mentalidad de los pedantes y de los moralistas pequeñoburgueses.

Esos criterios no dicen, naturalmente, lo que está permitido y lo que es inadmisibile en cada caso dado. Semejantes respuestas automáticas no pueden existir. Los problemas de la moral revolucionaria se confunden con los problemas de la estrategia y de la táctica revolucionarias. La respuesta correcta a esos problemas únicamente puede encontrarse en la experiencia viva del movimiento, a la luz de la teoría.

El materialismo dialéctico desconoce el dualismo de medios y fines. El fin se deduce naturalmente del movimiento histórico mismo. Los medios están orgánicamente subordinados al fin. El fin inmediato se convierte en medio del fin ulterior. En su drama, Franz von Sickingen, Ferdinand Lassalle pone las palabras siguientes en boca de uno de sus personajes :

No muestres sólo el fin, muestra también la ruta, - Pues el fin y el camino tan unidos se hallan - Que uno en otro se cambian, - Y cada nueva ruta descubre nuevo fin.

Los versos de Lassalle son muy imperfectos. Y peor aún, en la política práctica Lassalle se separó de la regla enunciada por él: baste recordar que llegó a mantener negociaciones secretas con Bismarck. La interdependencia de fin y medios, sin embargo, está expresada, en los versos reproducidos, de modo enteramente exacto. Es preciso sembrar un grano de trigo para cosechar una espiga de trigo.

El terrorismo individual, por ejemplo, ¿es o no admisible, desde el punto de vista de la “moral pura”? En esta forma abstracta, la pregunta, para nosotros, carece de sentido. Los burgueses conservadores suizos conceden todavía hoy honores oficiales al terrorista Guillermo Tell. Nosotros simpatizamos enteramente con el bando de los terroristas irlandeses, rusos, polacos, hindúes, en su lucha contra la opresión nacional y política. Kirov, sátrapa brutal, no suscita ninguna compasión. Nos mantenemos neutrales frente a quien lo mató

solo porque ignoramos los móviles que lo guiaron. Si llegáramos a saber que Nicolaiev le hirió conscientemente para vengar a los obreros cuyos derechos pisoteaba Kirov, nuestras simpatías estarían enteramente al lado del terrorista. Sin embargo, lo que decide para nosotros no son los móviles subjetivos, sino la adecuación objetiva. ¿Puede ese medio conducir realmente al fin? En el caso del terror individual, la teoría y la experiencia atestiguan que no. Nosotros decimos al terrorista: es imposible reemplazar a las masas; solo dentro de un movimiento de masas podrás emplear útilmente tu heroísmo. Sin embargo, en una situación de guerra civil, el asesinato de ciertos opresores deja de ser un acto de terrorismo individual. Si, por ejemplo, un revolucionario hubiese dinamitado al general Franco y a su Estado Mayor, es dudoso que semejante acto hubiera provocado una indignación moral, siquiera entre los eunucos de la democracia. En tiempo de guerra civil, un acto de ese género sería hasta políticamente útil. Así, aun en la cuestión más aguda – el asesinato del hombre por el hombre –, los absolutos morales resultan enteramente inoperantes. La apreciación moral, lo mismo que la apreciación política, se desprende de las necesidades internas de la lucha.

La emancipación de los trabajadores sólo puede ser obra de los trabajadores mismos. Por eso no hay mayor crimen que engañar a las masas, que hacer pasar las derrotas por victorias, a los amigos por enemigos, que corromper a los jefes, que amañar leyendas, que montar procesos falsos, en una palabra, que hacer lo que hacen los estalinistas. Esos medios sólo pueden servir a un único fin: prolongar la dominación de una pandilla condenada ya por la historia. No pueden servir, sin embargo, para la emancipación de las masas. He ahí por qué la IV Internacional desarrolla una lucha a muerte contra el estalinismo.

Las masas, naturalmente, no carecen de pecado. La idealización de las masas nos es extraña. Las hemos visto en circunstancias variadas, en diversas etapas, en medio de los mayores trastornos políticos. Hemos observado su lado fuerte y su lado débil. El fuerte, la decisión, la abnegación, el heroísmo, encontraron siempre su expresión más alta en los períodos de ascenso de la revolución. En esos momentos, los bolcheviques estuvieron a la cabeza de las masas. Se abrió luego otro capítulo de la historia, en el que se revelaron los lados débiles de los oprimidos: heterogeneidad, falta de cultura, horizontes limitados. Fatigadas, distendidas, desilusionadas, las masas perdieron la confianza en ellas mismas y dieron paso a una nueva aristocracia. En este período, los bolcheviques (los “trotskistas”) se hallaron aislados de las masas.

Prácticamente, hemos recorrido dos de esos grandes ciclos históricos: 1897-1905, años de ascenso; 1907-1913, años de reflujo; 1917-1923, años

de ascenso, sin precedente en la historia; después, un nuevo período de reacción, que todavía hoy no ha terminado. De esos grandes acontecimientos, los “trotskistas” han aprendido el ritmo de la historia; en otros términos la dialéctica de la lucha de clases. Han aprendido y parece, hasta cierto grado, que han acertado a subordinar a ese ritmo objetivo sus planes y sus programas subjetivos. Han aprendido a no desesperar porque las leyes de la historia no dependen de nuestros gustos individuales o no se someten a nuestros criterios morales. Han aprendido a subordinar sus gustos individuales a las leyes de la historia. Han aprendido a no temer ni a los enemigos más poderosos, si su poder se halla en contradicción con las necesidades del desarrollo histórico. Saben nadar contra la corriente, con la honda convicción de que el poderoso impulso de un nuevo flujo histórico los llevará hasta la orilla. No todos arribarán: muchos se ahogarán. Pero tomar parte en ese movimiento con los ojos abiertos y con la voluntad tensa, ¡sólo eso puede dispensar la satisfacción moral suprema atribuible a un ser pensante!

*Coyoacán, 16 de febrero de 1938.*

**P.D.: Escribía estas páginas sin saber que durante esos días mi hijo luchaba con la muerte. Dedico a su memoria este corto trabajo que –así lo espero–, habría merecido su aprobación, porque León Sedov era un revolucionario auténtico y despreciaba a los fariseos.**





**POSI**

**Partido Obrero Socialista Internacionalista**  
Sección en España de la IV Internacional

LA EMANCIPACIÓN DE LOS TRABAJADORES SERÁ OBRA DE ELLOS MISMOS